

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo II



GLOSAS AL QUIJOTE

La causa del qui jotismo

Tratando del fondo del qui jotismo lo mostré en el anhelo de eterno nombre y fama, en el ansia de inmortalidad. A lo que entonces exponía debo añadir que ese fondo lo sentía en el suyo propio Cervantes, quien al cerrar su obra perdurable decía, dirigiéndose á su pluma: «Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, no sé si bien cortada ó mal tajada peñola mía, adonde vivirás luengos siglos...» y luego: «Para mí sola nació Don Quijote y yo para él: él supo obrar y yo escribir.» El mismo Cervantes anheló la perpetuidad de su nombre y fama.

Y es natural que Cervantes hallara á Don Quijote en los entresijos de su propia alma, que lo sacara del hondón de su propio espíritu. Con gran acierto se ha dicho y repetido no pocas veces que Don Quijote es el mismo Cervantes. Es Cervantes en cuanto éste tenía de hombre de su tiempo y de su pueblo, es el alma española cuajada en Cervantes. Y en esa alma el anhelo de dejar nombre.

Este anhelo de dejar eterno nombre y fama no es más que una forma de la sed de inmortalidad que á todos los amadores de la vida anima.

Me parece un gran error el de asegurar, cuando se habla de eso que se llama el culto de los españoles á la muerte, que no amamos la vida porque nos es dura, que el español no ha sentido nunca gran apego á la vida. Créo, por el contrario, que ha sentido y siente grandísimo apego á ella, precisamente por serle dura, y que de ese su grandísimo apego á la vida arranca el que llamamos su culto á la muerte.

Tan grande es nuestro amor á la vida que la queremos inacabable, sin resignarnos á perderla: la esperanza de sobrevivir ó el temor de no sobrevivir ahoga en nosotros el goce de

vivir, esa «jote de vivre» que tanto caracteriza á los franceses.

Y si otros arguyen que no pueden mecerse en esa esperanza ni atormentarse con ese temor por faltarles la fe de que hayan de sobrevivir y por estar completamente convencidos de que al morir cada uno de nosotros, concluye toda su conciencia, contestaré á esto que no les mata el deseo de sobrevivir la convicción de la imposibilidad de que se realice, sino que es por el contrario su poco fuerte deseo de sobrevivir lo que les priva de la fe de conseguirlo.

En la parte tercera de la «Ética» de Spinoza, un judío de origen español—ó portugués, que para el caso es lo mismo—hay cuatro admirables proposiciones, la sexta, séptima, octava y novena, en que establece como la esencia actual de cada cosa es su tendencia ó conato á persistir en su ser propio durante tiempo indefinido y como la mente humana tiene conciencia de esa su tendencia. Desarrollo de este maravilloso pasaje es la doctrina de Schopenhauer acerca de la voluntad. Y si Schopenhauer admiraba tanto á los españoles y nos reputaba por gente de tanta y tan robusta voluntad—en contra de la opinión contraria, entre nosotros mismos tan extendida,—es porque veía nuestro fortísimo anhelo de persistir individualmente sin término ni acabamiento nuestra sed de inmortalidad.

Sed que arranca, lo repito, de un grandísimo apego á la vida concreta y vivida y querida, no al puro espectáculo de ver lo que pasa.

En rigor, pues, es la pobreza de la vida lo que causando un gran apego á ésta, causa á la vez el ansia de inmortalidad; la pobreza de la vida unida á la ociosidad. Porque la vida pobre y trabajosa, la laboriosidad en la pobreza, produce sancho-pancismo.

Sancho Panza era un pobre labriego, un pobre trabajador, absorbido por las labores del campo, y Don Quijote un pobre hidalgo ocioso.

Pocas cosas más admirables que el principio del «Quijote», en que para explicarnos la locura de su héroe y cómo se le secó el cerebro con sus lecturas, empieza por darnos cuenta Cervantes de cómo comía y vivía el hidalgo.

«Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honzaba con vellori de lo más fino.»

Los duelos y quebrantos de los sábados explican el apego á la vida del pobre hidalgo. Era «gran madrugador y amigo de la caza», pero «dos ratos que estaba ocioso—que eran los más del año—se daba á leer libros de caballerías con tanta afición y gusto que olvidó casi de todo punto el ejercicio y aun la administración de su hacienda, y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías...»

A los duelos y quebrantos de los sábados, á la pobreza del ingenioso hidalgo, se une su ociosidad, pues eran los más del año los ratos que estaba ocioso. Y tanta era su pobreza, que para poder leer los libros con que llenaba su ociosidad tuvo que vender muchas hanegas de tierra de sembradura. Caballero ocioso y pobre, tomó gran apego á la vida, y como ésta le

19





era dura y monótona en su pobre aldea manchega, cobró sed á una vida más amplia, á una vida perdurable en la eternidad del nombre y de la fama.

Tesis mil veces sustentada, y con acierto casi siempre, la de que la dureza y asperidad de la vida no hace sino acrecentar nuestro amor á ella y que el terrible «*medium vitae*» nace en los hartos. Estoy leyendo los admirables ensayos que constituyen el libro titulado «*The will to believe and other essays in popular philosophy*» del vigoroso pensador norteamericano William James, y hay entre ellos uno: «¿Merece vivirse la vida?» (*Is life worth living?*) en que el autor desarrolla con gran maestría el principio de que la fuente de la melancolía es el hartazgo, que las necesidades y la lucha son las que nos inspiran y nuestra hora de triunfo la que nos trae el vacío. «No de los judíos de la cautividad—dice—sino de los judíos de los días de gloria de Salomón nos provienen las expresiones pesimistas de nuestra Biblia.»

El terrible «Vanidad de vanidades, y todo vanidad!» es, en efecto, queja exhalada por un harto. El que como Sancho Panza viene encorvado hacia tierra, luchando con ésta para arrancarla día á día y grano á grano el pan con que sustentarse, no maldice de la vida, sino que anhela descanso y sosiego en ella, y no fuera de ella, y sueña con las venturas y los hartazgos de la insula Barataria. Se le arrastra con la promesa de espléndida recompensa y la perspectiva de una carrera de ociosidad y vagancia. Acepta los trabajos con tal de verse libre del trabajo. Así, prometiéndole que «tal vez le podía suceder aventura que ganase en quitame allá esas pajas alguna insula y le dejase á él por gobernador della» arrastró Don Quijote á aquel labrador vecino suyo, «hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre)» (cap. VII de la primera parte).

Pocos amadores de la vida tan ahincados y constantes en su amor como Sancho Panza. Apenas hay rastro—por lo menos yo no lo recuerdo—de que rindiese culto alguno á la muerte.

Y si Sancho nos ofrece el tipo del pobre trabajador y ocupado, en Don Quijote tenemos el del pobre ocioso y desocupado. Su ociosidad y su pobreza nos explican su apego á la vida y á sobrevivir y á perpetuarse en libros. El rico ocupado y el rico ocioso no producirían ni sanchopancismo aquél, ni qui jotismo éste. El rico ocupado da en filisteo, y el rico ocioso puede dar en estela, en melancólico, en toda forma de escepticismo y de íntima desesperación más ó menos resignada.

Con grandísimo acierto otro norteamericano Frank Wadleigh Chandler, en una tesis de doctorado acerca de nuestras novelas picarescas («*Romances of roguery*»), tesis que presentó á la Universidad de Colombia en 1899, hace notar que al empezar nuestra decadencia, «casi como el valor del paladín fué remplazado por la astuta cobardía del ratero, así la guerra contra monstruos y encantadores sucumbió al co-

mún conflicto contra el hambre y la sed». Mas ¿es que la lucha contra monstruos y encantadores no era una forma de la lucha contra el hambre y la sed? ¿Cómo degeneró Don Quijote en el pícaro Guzmán de Alfarache?

La pobreza de D. Quijote no era más que relativa, pues los duelos y quebrantos de los sábados se compensaban, en parte, con el salpicon de las mas noches, las lantejas de los viernes y el palomino de añadidura de los domingos, y aún le quedaban hanegas de tierra de sembradura, aunque era su hacienda escasa, para poder comprar libros de caballerías. Pero si su pobreza hubiese sido aún mayor, tal que no le hubiera permitido llenarse la mollera de los desatinos y disparates de aquellos libros, ni aun salirse de caza con el romper del alba, entonces habría tenido que salirse al campo solo y escotero, sin caballo, ni escudero, ni lanzón, ni casco, y buscarse la vida por pueblos y aldeas como mejor Dios le hubiese dado á entender. Empobreced aún más al pobre Alonso Quijano y le convertiréis en Guzmán de Alfarache, y no es esto deprimir á aquél, sino más bien exaltar á éste, pues los pícaros tenían su fondo qui jotesco y generoso, si bien el tener que ganarse la vida no les dejara pensar mucho en cobrar eterno nombre y fama, que es pensamiento que pide algún ocio para brotar.

El término de la subida es el principio de la bajada, se ha dicho con notable precisión peregrullesca. Y así en el seno de la que se llama nuestra época de grandeza, se notan los principios de nuestra decadencia. Y del mismo modo, en el seno del qui jotismo, se ven gérmenes picarescos, y no es menester pasarse de lince, ni mucho menos, para observar en el curso de las aventuras del ingenioso hidalgo manchego lo que éste tenía de pícaro, su afición á vivir á costa ajena, ó, como hoy decimos, «de gorra», aunque creyese que todo le era debido á merced de lo útil y beneficioso que era á la república el ejercicio de caballero andante que él había escogido.

He aquí otro punto, el del picaresmo de D. Quijote, que merece punto y aparte y atenta consideración, sobre textos cuidadosamente escogidos de nuestra Biblia nacional.

Lastima es, en efecto, que mientras han caído sobre el «Quijote» tantos eruditos y mazorretas, que le han escudriñado por todos sus rincones y recovecos la letra, y tanto exégeta que lo ha sometido á exámenes históricos y además no pocos sujetos que estando no menos locos que D. Quijote mismo lo estuviera, han visto en la historia de éste yo no sé cuantos enigmas, recondideces y enrevesados simbolismos, haya tan pocos que tomen su espíritu y aprovechen la maravillosa historia como texto de libres pláticas y base de meditaciones patrióticas al modo que se toman versillos del Evangelio para hacer sobre ellos homilias, sermones y pladosos consejos para una vida mejor y más íntima. Por mucho que meditemos en el «Quijote», como en los poemas homéricos meditaban los griegos ó en los dramas shakespearianos meditan los ingleses, no acabaremos de agotarle el meollo de enseñanzas que contiene en sí.

Miguel de UNAMUNO.